

Se pretende en esta práctica trabajar sobre los textos de Horacio y Estrabón, analizando sus diferentes ópticas acerca del pueblo cántabro.

Septimio, tu que estas presto a ir conmigo hasta Gades y al territorio de los Cántabros, pueblo que aún no ha aprendido a llevar nuestro yugo, y a las bárbaras Sirtes, donde las olas están constantemente agitadas...

[HORACIO](#), Odas, II, 6, 1-4.

Desde el momento en que estéis conmigo, probaré con gusto el furioso Bósforo como navegante y las ardientes arenas de la costa siria como caminante.

Iré a ver a los Britanos, fieros con los huéspedes, y ál Cóncano, feliz con la sangre equina. Iré a ver a los arqueros Gélonos y, sin sufrir daño alguno, al río Don.

[HORACIO](#), Odas, III, 4, 29-36. (Traducción de J.L. Ramírez Sádaba).

Las raíces tintóreas abundan; el olivo, la vid, la higuera y otras plantas semejantes crecen cuantiosas en las costas ibéricas que bordean Nuestro Mar, y también en las del Exterior. En cambio, las costas septentrionales ribereñas del Océano carecen de ellas a causa del frío; en el resto del litoral faltan, más que por negligencia de los hombres, que viven sin preocupaciones, porque dejan transcurrir su vida sin más apetencia que lo imprescindible y la satisfacción de sus instintos brutales. Si no se quiere interpretar como un régimen confortante de vida el que se laven con los orines guardados durante algún tiempo en cisternas, y que tanto los hombres como las mujeres de estos pueblos se frotan los dientes con ellos, como hacen, según dicen, los kántabroi y sus vecinos. Esto, y el dormir en el suelo, en común, es propio de los íberes y de los keltioí. Según ciertos autores, los kallaikoí son ateos; mas no así los keltíberes y los otros pueblos que lindan con ellos por el Norte, todos los cuales tienen cierta divinidad innominada, a la que, en las noches de Luna llena, las familias rinden culto danzando, hasta el amanecer, ante las puertas de sus casas.

Junto a estas extrañas costumbres, se han visto y se han dicho muchas cosas acerca de todos los pueblos ibéricos en general, y en particular de los septentrionales, y no sólo sobre su bravura, sino también sobre su dureza y su rabia bestial. Se cuenta, por ejemplo, que en las guerras de los kántabroi, las madres mataron a sus hijos antes de permitir cayesen en manos de sus enemigos. Un muchacho cuyos padres y hermanos habían sido hechos prisioneros y estaban atados, mató a todos por orden de su padre con un hierro del que se había apoderado. Una mujer mató a sus compañeras de prisión. Un prisionero que estaba entre guardianas embriagados, precipitose en la hoguera. Todos estos rasgos se cuentan también de los pueblos keltikoí, thrákioi y skythai; como es cosa común entre ellos, la valentía, no sólo entre los hombres, sino también en las mujeres. Éstas cultivan la tierra; apenas han dado a luz, ceden el lecho a sus maridos y los cuidan. Con frecuencia paren en plena labor, y lavan al recién nacido inclinándose sobre la corriente de un arroyo, envolviéndole luego.

No es costumbre privativa de los íberes la de montar dos en un mismo caballo, de los cuales uno, llegado el momento del combate, lucha como peón. Ni tampoco es cosa exclusiva de ellos la plaga de ratas y las enfermedades epidémicas que por lo regular las siguen. Esto fue lo que advino a los Romaíoi en Kantabria; hasta tal punto, que hubieron de dar a aquellos que las capturasen una prima a tenor del número de ratas presentadas, y aún así escaparon del peligro difícilmente. Ocurrióles también escasez de otras cosas, principalmente de trigo, teniendo que proveerse del de la Akytania, lo que se hacía penosamente por las dificultades del terreno. Se cuenta también de los kántabroi este rasgo de loco heroísmo: que habiendo sido crucificados ciertos prisioneros, murieron entonando himnos de victoria.

[ESTRABÓN](#), Geografía III, 4, 16-17. (Traducción de A. García y Bellido).